

Daniel Ramos

La muerte anunciada: poder, secreto y violencia en una muerte anunciada de Gabriel García Márquez

Fundación Alejandro Angel Escobar, Departamento de Ciencia Política, Universidad de los Andes, Bogotá, 1994.

La muerte anunciada: poder, secreto y violencia en una muerte anunciada de Gabriel García Márquez de Daniel Ramos fue en un principio el resultado de un ejercicio académico. Afortunadamente, gracias al empeño de Daniel y a la colaboración de varias instituciones, esta tesis de grado para optar al título de politólogo se convirtió en libro. La transformación es afortunada porque la obra sugiere nuevas formas de aproximación a la constitución del entramado del poder en el país.

¿Cómo lo logra Daniel? Creo que la clave de su éxito reside en la osadía que muestra para romper las barreras que hasta hace poco separaban distintas aproximaciones al conocimiento humano y que lo llevan a recorrer textos que antes se encontraban incomunicados. Su deriva y flexibilidad le permiten inspirarse del pensamiento de autores tan disímiles como Walter Benjamin y Elias Canetti, Sigmund Freud y Barry Buzan, y claro está Gabriel García Márquez. Así, Ramos combina una curiosidad apasionada y empática sobre la historia del país con un razonamiento frío y sistemático sobre la formación del Estado y la Nación colombianos; y éstos con una inclinación lúdica y una sensibilidad estética que lo llevan también a utilizar la literatura como fuente de conocimiento sobre nuestra identidad. Arte y ciencia ya no son caminos excluyentes sino complementarios, y por esta razón cuando se lee a Daniel se siente que escribe no sólo desde el deber de develar la opacidad y los silencios del poder sino también desde el placer de comunicar.

Para el autor, Colombia sigue un modelo de construcción del país en el que el Estado crea a la nación. En este intento, el Estado busca irradiar, de arriba hacia abajo, una idea de Estado-nación que desconoce la diversidad de grupos que cohabitán –más no conviven– en el mismo territorio colombiano. El Estado, además, más allá de la ideología democrática revolucionaria que guía su fundación como república independiente, lleva implícita la idea antidemocrática de que la nación sólo se expresa homogéneamente, sin conflictos, a través de una sola voz. Sin embargo, más allá de su idea antidemocrática, la nación colombiana está hecha de diversidad, multiplicidad, heterogeneidad. De ahí que, por más que el Estado intente fusionarse y construir nación, lo que hace con su idea autoritaria es expulsar la diversidad, suscitar la huida, provocar que la sociedad se le escape a su intento homogenizador. La sociedad, como la arena, se le ruedan a esos dedos que buscan controlar más que representar.

De esta manera, desde nuestros inicios, la diversidad y el conflicto son vistos desde el Estado como subversión del orden, ataque al statu quo, irreverencia frente a la majestad del Estado, desorden; y no, desafortunadamente, como riqueza inexplorada de nuestra identidad. Por este motivo, Estado y nación viven en permanente desencuentro y destiempo. Por eso, el Estado no logra concitar legitimidad frente a la nación. Por eso, entre ambos existe forcejeo y violencia y no mutua alimentación.

Si este desencuentro ha sido una de las constantes de nuestra historia, ¿cómo, se pregunta entonces Daniel, lograr que Estado y nación se encuentren y poco a poco construyan una Colombia democrática? Esa conciliación, es verdad como lo dice él, se logra transitando, en primer lugar, hacia una concepción de democracia que afina sus esperanzas de convivencia dialogada en el reconocimiento de la diferencia. No se trata entonces de encontrar la “Voz Nacional” sino más bien los espacios de comunicación de las distintas voces nacionales. No se trata de “una” sino de distintas voces, y es el diálogo y la discusión permanente, el conflicto dialogado entre ellas, lo que posibilitara el fortalecimiento y construcción del Estado-nación colombiano.

Pero este encuentro y diálogo no le compete exclusivamente al Estado, como a veces parece sugerirlo Daniel. Este encuentro también nos compete a nosotros. A estos seres anónimos que a veces nos sentimos en presencia de un drama –el del desencuentro violento– que nos deja sin armas. Error, grave error. Nosotros, el público anónimo, seguimos siendo protagonistas, quizás no de primera línea, pero protagonistas al fin y al cabo. Y es que si optamos por el silencio apabullado nos convertimos, así no lo queramos, en cómplices del desencuentro. Y el único recurso que tenemos a nuestro alcance para que el orden establecido por el desencuentro no nos atrape como marionetas es expresar nuestra objeción de conciencia contra la práctica del desencuentro.

Cuando hablo de objeción de conciencia no me refiero necesariamente a organizarnos partidistamente en contra de la tragedia de los protagonistas principales. No. Hablo de construir una convivencia cotidiana que responde al encuentro y no al desencuentro violento. Hablo de transitar hacia la construcción de una sociedad civil (concepto sospechosamente ausente de la obra de Daniel) radicalmente democrática.

Por eso, desde mi punto de vista, la idea de un Estado-nación democráticamente conciliados no es una tarea que sólo deba emprender el Estado, porque también pasa por la construcción de una sociedad civil organizada alrededor de un proyecto ético de convivencia democrática. En otras palabras, el Estado representará a la nación en Colombia cuando medie entre ambos una sociedad civil democrática y sólida. Sin ella, de nuevo la idea de democracia amplia, integral, pierde raíces y se convierte en discurso oficial desligado de una práctica política.

Otro de los aportes de Daniel es su interpretación original de Angela Vicario. Ella es la mujer que contraviene el código de honor de la población donde ocurre el drama de "Una muerte anunciada" cuando llega a su propio matrimonio habiendo ya perdido su virginidad.

Según Daniel, siguiendo a Canetti, Angela representa un cristal de masa, imagen que congrega en torno suyo a muchos y que seduce con su actuación porque desenmascara al poder y muestra su lado opresivo. Angela Vicario, cuando cuenta y recuenta la historia de su matrimonio y de la venganza que le sigue, y cuando cuenta y recuenta la tragedia con un cierto humor, muestra que no se avergüenza de lo ocurrido y que hay una forma distinta de interpretar el evento. Implicitamente nos dice: "Si. Así

fue. ¿Y qué hay de malo en ello?". Al quitarle el lado trágico a su condición, le otorga un nuevo sentido: La posibilidad de que una mujer que no llega virgen al matrimonio no esté cometiendo una pena sancionable sino viviendo su sexualidad de manera distinta a la instituida por el código de honor oficial.

Justamente al otorgarle Daniel a Angela la capacidad de fundar con su conducta un nuevo orden nos está diciendo que existen maneras no violentas de resistir a la opresión. En contravía de lo que argumenta en otro capítulo, la tranquilidad de Angela frente a su propia historia nos sugiere que no sólo la muerte violenta funda nuevos órdenes. El hundir un orden y dar inicio a otro puede iniciarse por desconocimiento tranquilo de las normas que constituyan al anterior. Entonces, matar no es la única vía para fundar un nuevo derecho. La risa propositiva también lo puede ser. Risa frente al absurdo de las normas que la masa seguía y que la aprisionaba; y risa propositiva porque lleva implícita el reconocimiento de una regla distinta de comportamiento social.

Es cierto que todo orden, para conservarse, requiere sancionar las conductas que contravienen sus normas. Generalmente estas sanciones han pasado por el castigo de muerte o la reclusión en cárceles u hospitales psiquiátricos. Sin embargo, si en la risa existe la virtualidad de fundar un código de normas, en la risa también debería darse la posibilidad de la sanción. En otras palabras, también podemos castigar excluyendo de la posibilidad de reír a quienes contravienen nuestro código. Y esto que parecería imposible en el ámbito estatal y del derecho positivo quizás si puede encontrar un nicho de realización en la emergencia de una sociedad civil más democrática y libre.

Por otra parte, disiento de Daniel en cuanto al poder liberador que le atribuye a la imagen de Angela Vicario. A diferencia de él, no creo que la vida de Angela personifique un cristal de masa. Desde mi punto de vista femenino, Angela es apenas el inicio de un cristal de masa. Ríe, sí de su madre, de su pasado, del ojo oculto del poder que busca hacerla sentir culpable. Pero, a pesar de su risa, la encontramos al final de su vida, bordando encajes al frente del marco de una ventana, con un canario enjaulado que canta por ella. Finalmente la risa de Angela la libera de la culpa pero no le da la fuerza suficiente para decir "mi destino es mío" y romper las cadenas que la atan a la madre para andar caminos propios y encontrar al hombre que ama. Vive entonces en paz con su conciencia pero la oportunidad de ser feliz que se inicia con esta tranquilidad se ve truncada. Su voz, plasmada en cartas que nunca son leídas por el destinatario –el hombre que ama– está condenada al silencio a pesar de su timido intento de hablar.

Sólo me resta desear que los futuros lectores de "Una muerte anunciada" se dejen seducir por este libro y encuentren en sus páginas nuevas claves para comprender e interpretar a este país en construcción. Espero además que este esfuerzo exitoso de Daniel –transformar su tesis de grado en una publicación– sea un ejemplo para otros estudiantes y que esta práctica se convierta en una forma de reconocimiento a la pasión y vitalidad de las nuevas generaciones que, con su aporte, enriquecen esta comunidad científica, que también está en construcción.

María Emma Wills Obregón, politóloga, profesora de la Universidad de los Andes.